Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Mensaje

LXXIX Jornada Mundial de las Misiones 2005

Misión: Pan partido para el mundo

23 de octubre de 2005

Queridos Hermanos y Hermanas:

1. En este año dedicado a la Eucaristía, la Jornada Misionera Mundial nos ayuda a comprender mejor el sentido "eucarístico" de nuestra existencia, reviviendo el clima del Cenáculo, cuando Jesús, en la víspera de su pasión, se ofreció a sí mismo al mundo: «*El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en conmemoración mía*» (1Co 11,23-24).

En la reciente Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine* he invitado a contemplar a Jesús «*pan partido*» para toda la humanidad. Siguiendo su ejemplo, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos, especialmente los más necesitados. La Eucaristía conlleva «*el signo de la universalidad*», y de manera sacramental prefigura lo que sucederá «*cuando todos los que participan de la naturaleza humana, regenerados en Cristo por el Espíritu Santo, contemplando unánimes la gloria de Dios, puedan decir: "Padre nuestro"*» (*Ad gentes*, 7). De tal manera la Eucaristía, mientras hace comprender plenamente el sentido de la misión, anima a cada creyente, y especialmente a los misioneros, a ser «*pan partido para la vida del mundo*».

La humanidad tiene necesidad de Cristo "pan partido"

2. En nuestra época, la sociedad humana parece que está envuelta por espesas tinieblas, mientras es turbada por acontecimientos dramáticos y trastornada por catastróficos desastres naturales. Pero, como durante «*la noche en que fue entregado*» (1Co 11,23), también hoy Jesús «*parte el pan*» (Mt 26,26) para nosotros, y en las Celebraciones eucarísticas se ofrece a sí mismo bajo el signo sacramental de su amor por todos. Por esto he querido recordar que «*la Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad*» (*Mane nobiscum Domine*, 27); es «*pan del cielo*» que, dando la vida eterna (cf. Jn 6,33), abre el corazón de los hombres a una gran esperanza.

El mismo Redentor, que a la vista de la muchedumbre necesitada sintió compasión «*porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor*» (Mt 9,36), presente en la Eucaristía, continúa a lo largo de los siglos manifestando compasión hacia la humanidad que se encuentra en la pobreza y en el sufrimiento.

En su nombre, los agentes pastorales y los misioneros recorren caminos no explorados para llevar a todos el «*pan*» de la salvación. Les anima la conciencia de que unidos a Cristo «*no sólo centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad (cf. Ef 1,10; Col 1,15-20)*» (*Mane nobiscum Domine*, 6), es posible satisfacer los anhelos más íntimas del corazón humano. Jesús solo puede apagar el hambre de amor y la sed de justicia de los hombres; sólo Él hace posible a cada persona la participación en la vida eterna: «*Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre*» (Jn 6,51).

La Iglesia, junto con Cristo, se hace "pan partido"

3. La Comunidad eclesial, cuando celebra la Eucaristía, de manera especial el domingo, día del Señor, experimenta a la luz de la fe, el valor del encuentro con Cristo resucitado, y adquiere cada vez más conciencia de que el Sacrificio eucarístico es «*para todos*» (Mt 26,28). Si uno se alimenta del Cuerpo y de la Sangre del Señor crucificado y resucitado, no puede tener sólo para sí mismo este "don". Al

contrario, es necesario difundirlo. El amor apasionado por Cristo conduce al anuncio valiente de Cristo; anuncio que, con el martirio, se convierte en ofrenda suprema de amor a Dios y a los hermanos. La Eucaristía apremia a una generosa acción evangelizadora y a un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna.

De todo corazón, deseo que el Año de la Eucaristía motive a todas las comunidades cristianas a caminar «*con generosidad fraterna*» al encuentro de «*alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo*» (*Mane nobiscum Domine*, 28). Esto, porque «*por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas*» (*Mane nobiscum Domine*, 28).

Los misioneros, ”pan partido” para la vida del mundo

4. También hoy Cristo manda a sus discípulos: «*dadles vosotros de comer*» (Mt 14,16). En su nombre, los misioneros acuden a tantas partes del mundo para anunciar y ser testigos del Evangelio. Los misioneros hacen resonar, con su acción, las palabras del Redentor: «*Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed*» (Jn 6,35); ellos mismo se hacen «*pan partido*» para los hermanos, llegando a veces hasta el sacrificio de la vida.

¡Cuántos misioneros mártires en este tiempo nuestro! ¡Que su ejemplo arrastre muchos jóvenes en el camino de la heroica fidelidad a Cristo! La Iglesia tiene necesidad de hombres y de mujeres que estén dispuestos a consagrarse totalmente a la gran causa del Evangelio.

La Jornada Misionera Mundial constituye una oportuna circunstancia para tomar conciencia de la urgente necesidad de participar en la misión evangelizadora en la que se encuentran comprometidas las Comunidades locales y tantos Organismos eclesiales y, de modo particular, las Obras Misionales Pontificias y los Institutos Misioneros. Es misión que, además de la oración y del sacrificio, espera también un apoyo material concreto. Una vez más aprovecho la ocasión para subrayar el precioso servicio que realizan las Obras Misionales Pontificias, e invito a todos a apoyarlas con una generosa cooperación espiritual y material.

Que la Virgen, Madre de Dios, nos ayude a revivir la experiencia del Cenáculo, para que nuestras comunidades eclesiales sean auténticamente ”católicas”; es decir, Comunidades donde la «*espiritualidad misionera*», que es «*comunión íntima con Cristo*» (*Redemptoris missio*, 88), se sitúa en íntima relación con la «*espiritualidad eucarística*», que tiene como modelo a María, «*Mujer eucarística*» (*Ecclesia de Eucharistia*, 53); Comunidades que permanecen abiertas a la voz del Espíritu y a las necesidades de la humanidad; Comunidades donde los creyentes, y especialmente los misioneros, no dudan en hacerse «*pan partido para la vida del mundo*».

¡A todos mi Bendición!

En el Vaticano, 22 de febrero de 2005, fiesta de la Cátedra de san Pedro.